



Domingo 34 del T.O: Realeza de Cristo.

LECTURAS

Lectura del Profeta Daniel 7,13-14.

Yo vi, en una visión nocturna, venir una especie de hombre entre las nubes del cielo. Avanzó hacia el Anciano venerable y llegó hasta su presencia.

A él se le dio poder, honor y reino. Y todos los pueblos, naciones y lenguas lo sirvieron.

Su poder es eterno, no cesará. Su reino no acabará.

Palabra de Dios.

SALMO Sal 92, 1ab. 1c-2. 5

R/. El Señor reina, vestido de majestad [o Aleluya].

El Señor reina, vestido de majestad,
el Señor, vestido y ceñido de poder. **R/.**

Así está firme el orbe y no vacila.
Tu trono está firme desde siempre,
y tú eres eterno. **R/.**

Tus mandatos son fieles y seguros,
la santidad es el adorno de tu casa,
Señor, por días sin término. **R/.**

Lectura del libro del Apocalipsis 1,5-8.

A Jesucristo, el Testigo fiel, el Primogénito de entre los muertos, el Príncipe de los reyes de la tierra.
A Aquel que nos amó, nos ha liberado de nuestros pecados por su sangre, nos ha convertido en un reino y hecho sacerdotes de Dios, su Padre, a El, la gloria y el poder por los siglos de los siglos.
Amén.

¡Mirad! El viene en las nubes. Todo ojo lo verá; también los que le atravesaron. Todos los pueblos de la tierra se lamentarán por su causa. Sí. Amén.

Dice Dios: Yo soy el Alfa y la Omega, el que es, el que era y el que viene, el Todopoderoso.

Palabra de Dios.



Domingo 34 del T.O: Realeza de Cristo.

+ Lectura del santo Evangelio según San Juan 18,33-37.

En aquel tiempo, preguntó Pilato a Jesús:

-¿Eres tú el rey de los judíos?

Jesús le contestó:

-¿Dices eso por tu cuenta o te lo han dicho otros de mí?

Pilato replicó:

-¿Acaso soy yo judío? Tu gente y los sumos sacerdotes te han entregado a mí: ¿Qué has hecho?

Jesús le contestó:

-Mi reino no es de este mundo. Si mi reino fuera de este mundo, mi guardia habría luchado para que no cayera en manos de los judíos. Pero mi reino no es de aquí.

Pilato le dijo:

-Conque, ¿tú eres rey?

Jesús le contestó:

-Tú lo dices: Soy Rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo; para ser testigo de la verdad. Todo el que es de la verdad, escucha mi voz.

Palabra del Señor.



HOMILÍA

REALEZA DE CRISTO SOBRE EL UNIVERSO -Tú lo dices: Soy Rey (Jn 18, 33-37)

La escena transcurre en el interior del pretorio, donde Pilato interroga a Jesús. Se percibe allí a Pilato interesado y de hecho turbado por la personalidad de Jesús. Se pregunta sinceramente quién es. Lo manifiesta su pregunta, en la que no habría que ver una ironía: "¿Eres tú el rey de los judíos?". Jesús hace alusión a esa inquietud de un Pilato que se encubre: "¿Dices eso por tu cuenta o te lo han dicho otros de mí?".

Pero Jesús no quiere ya ocultar su verdadera cualidad: "Tú lo dices: Soy Rey". Con todo, Pilato podría confundir las cosas. La realeza de Cristo es de orden espiritual, no de orden nacional. En cuanto autoridad espiritual Jesús es rey, y esta autoridad pertenece a Dios. Su realeza no viene de este mundo; le ha sido confiada por el Padre. Jesús, por lo tanto, no es rey en el sentido político de la palabra, tal como Pilato podría entenderlo. Sin embargo, Pilato ha dicho que Cristo era rey, y ha dicho verdad, si por ello entiende una realeza que escapa a toda consideración terrena. Porque la realeza de Cristo consiste en dar testimonio de la verdad. Verdad no significa aquí una filosofía, sino la realidad eterna en contraposición a lo que pasa, la realidad de Dios. Jesús ha sido enviado y ha venido para transmitir a los hombres una realidad que libera, la realidad eterna, objeto esencial de la revelación por la que el Verbo se encarnó.

Esta escena del proceso de Jesús es paradójica. Pilato es juez de Jesús; en realidad, es Jesús quien juzga a Pilato; él es el Rey, el juez, porque es quien libera o condena, según que se reciba el testimonio de la verdad divina o que se rechace este testimonio.

-A él se le dio poder, honor y reino (Dn 7, 13-14)

En este pasaje se nos presenta al Señor en su función de juez de los últimos tiempos. Para nosotros, el personaje simbólico, el Hijo del hombre que avanza hacia el Anciano venerable, ese Hijo del hombre es el Mesías, Jesús, el Cristo. Le vemos en su dominio y poder, en la gloria de su Realeza sobre todas las naciones y pueblos. Es un reino eterno que no será destruido. El Señor reina, vestido de majestad; el Señor, vestido y ceñido de poder (Sal 92).

-El Príncipe de los reyes de la tierra (Apoc 1, 5 8)

Pasamos del apocalipsis de Daniel al Apocalipsis cristiano. Si se nos presenta a Cristo como Rey, nosotros somos en su reino los sacerdotes de Dios, su Padre.

Todo este pasaje es una gran doxología, himno al Rey que nos ha liberado de nuestros pecados con su sangre. Es el Rey que nos da la paz, el primogénito de entre los muertos, asegurando así nuestra propia resurrección, sobre el soberano de los reyes de la tierra. En ese momento, todos le reconocen como el Rey soberano, también los que le atravesaron.

Toda la actividad pascual de Cristo ha tenido éxito: ha reunido un reino de sacerdotes al servicio del Padre, para gloria suya. Ha sido constituido un gran Reino que canta al Señor como su alfa y omega. Toda la liturgia de hoy contiene una visión triunfal. Podría, sin embargo, inducirnos a error y hacer que renaciésemos en nosotros un cierto triunfalismo cristiano. Si Jesús dijo a Pilato: "Soy Rey", fue para afirmar que lo era, pero de forma muy distinta a la de los reyes de la tierra. No es un rey que libere a los pueblos, como haría un líder político. La confusión no era posible sólo para Pilato... o para nosotros; lo era para los apóstoles mismos, y el día de la Ascensión escuchamos de boca de uno de ellos esta pregunta humana: "Señor, ¿es ahora cuando vas a restablecer el reino de Israel?" (Hech 1, 6). ¿Cuántas veces ha intentado la muchedumbre hacer rey a Jesús? (Jn 6, 15).

Si Jesús es Rey, todos los cristianos pertenecen a un pueblo de raza real. Resulta, pues, posible construir un silogismo carente de realidad: todo cristiano es hermano de Cristo, todo cristiano es rey, la Iglesia es el pueblo de Cristo, toda la Iglesia es real. ¿No supone esto para los cristianos y para la Iglesia un régimen social de privilegios? De esta forma, podríamos trasponer miserablemente la realeza perecedera. Se trata, en cambio, de una realeza de servicio; todo cristiano y la Iglesia entera, como pertenecientes a un Reino privilegiado, no tienen que gozar de privilegios pasajeros, porque no tienen otra función que la de dar testimonio de la verdad, ellos cuya situación no es real más que por ser mensajeros de una realeza que no



Domingo 34 del T.O: Realeza de Cristo.

pasa y que libera a los hombres de la esclavitud en la que viven los reyes de la tierra y todos los poderes públicos. Y sin embargo, el que esta realeza sea espiritual y el que Jesús menosprecie el ejercicio de todo poder político, no significa en modo alguno que la Iglesia deba vivir fuera del mundo y en una actitud espiritualista desinteresada con respecto a la vida de los hombres de nuestro tiempo. La realeza de Cristo obliga a toda actitud política de este mundo a ser consciente del fin último al que debe servir toda política. Esa realeza de Cristo no significa que la Iglesia de este mundo deba ejercer sobre él un poder de dominio humano, sino que la realeza de su Cabeza es un constante llamamiento a la auténtica concepción de un verdadero Reino. Determinadas épocas de la Iglesia han confundido, sin duda, realeza y realeza; la Iglesia que ahora vive en esta tierra no tiene que establecer un reino terrestre.

Queda y quedará siempre por hacer una indagación sobre la forma en que la Iglesia debe utilizar la realeza de Cristo, no dominando ella misma como un rey de la tierra, sino alentando con todas sus fuerzas los caminos concretos para la liberación de los oprimidos y marginados. Al celebrar a Cristo, Rey del universo, la Iglesia no lo hace reivindicando una supremacía humana y terrena, sino animando a los que tienen por encargo conducir en concreto al mundo en su existir terrestre, a que confronten su política con el Rey único, eterno, y cuyo Reino es definitivo para siempre.

[Enlace a otras homilías para este Domingo](#)



RECURSOS

Nexo entre las lecturas

No puede haber otro tema dominante en este día que la realeza de Jesucristo. Esta realeza está prefigurada en el texto del profeta Daniel: "Le dieron poder, honor y reino... su reino no será destruido" (primera lectura). En el evangelio la realeza de Jesús viene afirmada en términos categóricos: "Pilatos le dijo: ¿Luego tú eres rey?. Jesús respondió: Sí, como dices, soy rey". La segunda lectura, tomada del Apocalipsis, confirma y canta la realeza de Jesús: "A él la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén". Al mismo tiempo los cristianos son hechos partícipes de la realeza de Cristo: "Ha hecho de nosotros un Reino de sacerdotes para su Dios y Padre".

Mensaje doctrinal

1. Dos concepciones del rey. Pilatos y Jesús representan dos concepciones contrapuestas del rey y de la realeza. Pilatos no puede concebir otro rey ni otro reino que un hombre con poder absoluto como el emperador Tiberio o por lo menos con poder limitado a un territorio y a unos súbditos, como el famoso Herodes el Grande. Jesús, sin embargo, habla de un reino que no es de este mundo, es decir, no tiene en el mundo de los hombres su proveniencia, sino en solo Dios. Pilatos piensa en un reino que se funda sobre un poder que se impone por la fuerza del ejército, mientras que Jesús tiene en mente un reino impuesto no por la fuerza militar (en ese caso "mi gente habría combatido para que no fuese entregado a los judíos"), sino por la fuerza de la verdad y del amor. Pilatos no puede concebir de ninguna manera un rey que es condenado a muerte por sus mismos súbditos sin que oponga resistencia, y Jesús está convencido y seguro de que sobre el madero de la cruz va a instaurar de modo definitivo y perfecto su misterioso reino. Para Pilatos decir que alguien reina después de muerto es un contrasentido y un absurdo, para Jesús, sin embargo, está perfectamente claro que es la más verdadera realidad, porque la muerte no puede destruir el reino del espíritu. Dos reinos diversos, dos concepciones diferentes. Después de dos mil años del histórico encuentro entre Jesús y Pilatos, ¿no es la concepción de Jesucristo la única que ha podido pasar el test de la historia?

2. Características del reino. El reino de Jesús es un reino preanunciado, en el que se cumple lo que los profetas de siglos anteriores habían prometido de parte de Dios. El señorío de Jesús es el del Hijo del hombre, a quien Dios le entrega todo poder y todo reino (primera lectura). En segundo lugar, es un reino que vence todas las potencias del mal, simbolizadas por Daniel en las cuatro bestias; Cristo en, efecto, las vencerá todas en la cruz, que el evangelista Juan ve como un trono, poniendo tales potencias demoníacas como escabel de sus pies. En tercer lugar, el reino de Jesucristo goza de una gran singularidad: no es de este mundo, pero está presente en este mundo, aunque no se vea porque pertenece al reino del espíritu. En cuarto lugar, el rey se define como testimonio de la verdad, y los súbditos como los que son de la verdad y escuchan su voz. Sí, Cristo es rey en cuanto da testimonio de la verdad, es decir, de la Palabra del Padre que él encarna, y que el Espíritu interioriza y hace eficaz en los corazones de los hombres. Los hombres son súbditos de Cristo Rey si son de la verdad, es decir, si viven, piensan y actúan movidos por sintonía y con naturalidad con la Palabra de Jesucristo. En quinto lugar, Jesús no es rey del espacio, sino del tiempo, de todos los tiempos. El es el alfa y la omega, el centro del tiempo y su principio normativo, "Aquél que es, que era y que va a venir". Finalmente, Jesucristo no sólo es rey, sino que hace partícipes de su realeza a los cristianos: Ha hecho de nosotros un reino de sacerdotes para su Dios y Padre. De esta manera, los cristianos participan del reinado de Cristo, con las características ahora descritas.



Sugerencias pastorales

1. Dejar al Rey serlo de verdad. Cuando un rey es despótico, tirano, esquilador de sus súbditos, entonces es justo y obligado rebelarse contra él. Pero si un rey es justo, bueno, entregado al bienestar de sus súbditos, comprensivo, buen gobernante, es necesario que los súbditos le dejen hacer el rey y serlo de verdad. El absolutismo regio de siglos pasados ha perturbado y desfigurado la figura noble de un rey auténtico. Hay que hacer todo lo posible para recuperarla en la mentalidad común de los hombres, particularmente de los cristianos, porque no podemos renunciar a llamar a Jesucristo, Señor y Rey del universo. Y sería penoso que los cristianos, al menos algunos, entendieran ese reinado de Jesús con las características negativas de un soberano absoluto y despótico. Jesucristo quiere reinar -para eso ha venido a este mundo-; hay que dejar a Cristo ser rey de verdad. Ser rey como él quiere serlo, no conforme a concepciones políticas trasnochadas; ser rey de todos los hombres y de todo el hombre: de sus pensamientos y sentimientos, de su voluntad y afectividad, de su tiempo y de su existencia; de su trabajo y de su descanso; de toda la vida del hombre para infundir en ella una presencia divina, una soberanía que eleva, una realeza espiritual. ¿Cuál es tu concepción de Jesucristo rey? ¿Dejas a Jesucristo ser verdaderamente rey de tu vida? ¿Qué haces, qué puedes hacer para que Cristo reine en el corazón de los hombres y de la historia? ¿Qué vas a prometer a Jesús en su fiesta de Rey del universo?

2. Un reino de sacerdotes. En Jesucristo se unen en el madero de la cruz su sacerdocio y su realeza. Nosotros, los cristianos, somos pueblo de reyes y somos un reino de sacerdotes en virtud de la muerte y resurrección de Jesucristo. Somos un reino de sacerdotes porque amamos y seguimos la doctrina de la verdad, porque todos juntos en la liturgia cantamos las alabanzas y glorias del Señor, porque movidos por la fe dejamos que él guíe nuestros pasos hacia el Padre. Todos. Cada uno en su individualidad, y todos como comunidad de fe y de adoración. Somos además un pueblo de reyes, porque el reinado de Jesucristo no somete ni esclaviza, sino que hace hombres libres, perfectamente libres frente a sí mismo y a las propias pasiones, frente al mundo con sus poderes y sus insidias, frente a Dios que atrae con ternura y con amor. Estoy convencido de que la belleza de la vida cristiana está escondida para la mayoría de los hombres. Porque estoy plenamente seguro de que nos enamoráramos de ella, el día que la entreviéramos y se nos abrieran los ojos de la inteligencia y del amor. De todos y cada uno de nosotros depende el que la Iglesia sea un pueblo de reyes y un reino de sacerdotes.